

Aquel fin de semana

*A*l final todo era culpa de Harry.

Harry Goodman había prometido ayudar a la profesora Hughes con unas reparaciones aquel viernes. Lo había prometido también el viernes pasado y el viernes anterior.

Pero estaban en Nueva Inglaterra, en plena temporada de béisbol y en 2004. Aquella primavera los Sox iban a lograr una marca de 98-64 y se impondrían cinco meses después, ese octubre, a los Cardinals, ganando su primera serie en ochenta y seis años.

Harry había crecido en South Boston, y allí los ánimos estaban muy exaltados. Dijo que lo notaba..., notaba que estaba cerca: la pérdida del estigma de perdedores, el triunfo de la victoria, dejar atrás el pasado y tener que mirar hacia un futuro incierto tras el éxito...

Así que pasaba la mayor parte de sus días templando los nervios en el pub Mulligan's.

*A*lly se escabulló por la puerta trasera de Robinson en un intento de eludir a su jefa, la doctora Priscilla Patricia Meer.

Se dirigió hacia el este, por detrás de los edificios Mencoﬀ, Brackett y Partridge, y cuando alcanzó la calle Brown giró a la izquierda con la esperanza de poder entrar y salir de Pembroke Hall antes de que Priscilla pasara por allí o llamara.

Sólo quedaba uno. Un solo alumno: Jake Bean. Eso era todo. Luego podría irse a casa y reunirse con Harry.

Jake había perdido a su profesora entre la multitud de estudiantes que bajaban por las escaleras. A medio camino, Ally se fue a la derecha en vez de a la izquierda, y Jake a la izquierda en vez de a la derecha. El chico salió luego por la puerta principal para caminar hasta Brown por la calle Waterman. Al doblar hacia el norte la divisó en la calle Meeting:

—¡Profesora Hughes! —Se puso a correr—. ¡Profesora!

Ally subió brincando los escalones de la entrada del edificio Pembroke, la mochila rebotando y el móvil pegado a su mejilla mientras hablaba con la encargada de la centralita del Cuerpo de Policía de East Providence.

—¿De modo que no eran ellos? ¿Los tíos que detuvieron? ¿Eran otros?

Estaba confundida.

—¡Doctora Hughes! ¡Profesora! —llamó Jake desde la misma manzana, acortando la distancia que les separaba.

Ally desapareció por la entrada. Ni le oyó. Pese a las dos clases que impartía cada semestre, las más populares en todo el campus por dos años consecutivos, con las entradas agotadas por así decirlo, ella no se sentía doctora de nada, y mucho menos profesora adjunta.

Llevaba retraso con las notas. El martes Yoko había llamado llorando:

—¡Profesora, estoy enferma!

—¿Yoko? ¿Dónde estás?

Yoko no había contestado a sus llamadas.

—¡No puedo andar!

—Willa me dijo que...

—Tengo los trabajos conmigo. ¡Me los llevé a Omaha por error!

—¿Te has ido a... tu casa?

—¡Lo siento! ¡Qué estúpida! ¡Qué burra!

—Déjalo, por favor.

—¡Qué idiota soy!

—Cálmate. Por favor. Envíamelos por correo. ¿Está ahí tu madre?

—¿Correo?

—Yo los corregiré por ti, no es para tanto. Se trata de tu salud.

Yoko hizo una pausa.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Puede mandármelos tu madre hoy? Correo exprés. ¿Cuánto puede costar? ¿Diez, veinte pavos?

—¡Mamá! —gritó Yoko y entonces dijo a Ally—: No cuelgue. —Luego empezó otra vez—: ¡Mamá!

—¿Yoko?

—¿Profesora?

—¿Cuántos quedan?

—Sólo... sólo, digamos que... ¿veintiuno?

Ally intentó asimilar lo que estaba oyendo. Veintiún exámenes significaban veintiuna horas corrigiendo, como mínimo. Suspiró.

—¿Me lo preguntas o me lo dices?

Yoko siempre modulaba hacia las notas altas al final de las frases, como si formulara una pregunta aunque no la hiciera. Una manera de no dejar traslucir su talento, de parecer menos segura de lo que era en realidad. Había sido la primera de la clase en Yale.

Entonces Yoko contestó:

—Veintiuno. Pero sólo quedan nueve por corregir.

Ally sonrió.

—Nueve. —Lo conseguiría—. Está hecho. Que te mejores.

—¡Profesora! —repitió Jake mientras irrumpía en el edificio.

Subió volando las escaleras hasta el segundo piso.

Ally cerró la puerta y echó el cerrojo. Dejó caer la mochila, se fue hasta el escritorio y recogió los trabajos que habían llegado procedentes de Omaha.

Llegaba tarde a su cita con Harry, pero él siempre se retrasaba, y no sólo unos minutos. Harry siempre llegaba dos horas tarde. Y eso cuando se presentaba. Si se presentaba.

—¿De modo que andan sueltos? ¿Podemos decirlo así? ¿Todavía no los han pillado?

La historia había aparecido en *The Brown Daily Herald*: «Pandilla de ladrones cae sobre el vecindario».

Dos semanas antes habían tenido una racha de robos en la calle de Ally, a tres kilómetros del campus. Tres robos por la mañana, tres asaltos a medianoche, tres hombres con pasamontañas, todos bajos, todos armados. Un vecino los había visto en una camioneta reconociendo la zona de Grotto.

Ally había contratado a Harry para poner un cerrojo en la puerta trasera y acabar los trabajos iniciados en marzo.

—Todos los trabajos, Harry —recalcó cuando hablaron.

Habían quedado este fin de semana: Él vendría a la una a casa y ella se retiraría a leer y corregir.

Le encantaba esta casa de alquiler, su pequeña vivienda victoriana, pese a estar cayéndose a pedazos. Durante seis años había pagado a Harry para que cambiara tejas, vaciara canaletas y pusiera masilla en las ventanas. Aunque estaba convencida de que el núcleo estaba pudriéndose, hacía lo posible para mantenerla acogedora, para que ella y Lizzie estuvieran seguras y no pasaran frío. No era un hotel de cinco estrellas, dijo al oír la protesta de su madre, pero era su casa.

Pero tres hombres bajos con tres pasamontañas negros podían ser mucho peores que las goteras y el moho.

No temía que pudieran robarle algo de valor. Las habitaciones estaban repletas de hallazgos de segunda mano: viejas mesas de madera, sillas aún más viejas; escritorios y camas que había comprado en Goodwill, Savers y en el Ejército de Salvación de Newport y Boston.

Colgó el móvil justo cuando Jake llamaba a la puerta. Se volvió, helada. ¿Podría ser Meer?

—¿Sí? —preguntó—. ¿Quién es?

—¡Jake Bean!

Había llamado el lunes y reservado veinte minutos en horario de despacho para hablar de su suspenso y revisar el trabajo final.

Fue hasta la puerta y la abrió. Al verle, retrocedió sorprendida.

—¿Tú eres Jake?

—Tengo una cita.

—¡Sí! ¡Claro! —Se apartó para dejarle entrar—. Aún no nos conocíamos. —Cerró la puerta. Jake se volvió y le tendió la mano. Ella se la estrechó—. Lo siento. Con doscientos alumnos... no siempre es fácil poner cara a un nombre.

Había pensado que «Jake Bean» era aquel tipo grande y rubio que sonreía todo el rato y se sentaba en la primera fila.

No podía creerlo. ¿Éste era Jake?

¿Jake Bean era el chico que se sentaba al fondo?

No habían hablado hasta ahora, pero el chico sentado al fondo la había tenido obsesionada durante tres años.

Se parecía a aquel cantante, el de aquel internado... Exeter, eso; Andover tal vez... el chico por el que todas las alumnas de Brown perdían los vientos: John Mayer o Meyer o Moyer, lo que fuera, con esa pegadiza melodía «Body Is a Wonderland». Jake se le parecía,

pero en mucho más guapo. Era la versión de pasarela, versión modelo de Hugo Boss: aniñado pero duro, aún por pulir.

—*P*rofesora Hughes, por favor. No he faltado a una sola clase. Apruébeme. Se lo ruego.

Ally hojeó su trabajo.

—Mejor lo comentamos —respondió ella con amabilidad. Entonces sonó el teléfono y se inclinó para ver el número—. Un momento, lo siento, tengo que atender esto. —Se volvió y lo cogió—. ¿Harry? —Escuchó a Harry un instante y empezó a enojarse—: La verdad, ¿en serio? Es la tercera vez, Harry, la tercera vez que me lo cancelas este mes... ¿Puedes venir a hacer al menos...? —Escuchó un momento—. No, conforme. Pero, no, Harry, no llames otra vez. Adiós, Harry.

Colgó y respiró hondo.

—¿Va todo bien?

—No —respondió Ally—. Tengo una niña que va a cumplir diez años dentro de cuatro días y una litera que hay que... Harry, el de las reparaciones, ya me ha dejado colgada tres veces.

—¿Tiene una hija?

—Sí —contestó.

—Lo lamento.

Ally se rió.

—¡Así es mi vida!

Estaba enfadada. Lizzie llevaba años pidiendo una litera. Después de ahorrar, al final la había comprado para su cumpleaños. La cama llevaba semanas en el sótano, sin montar, esperando que la ensamblaran.

Y precisaba la cerradura. En la puerta trasera. Necesitaba también más seguridad en las ventanas del piso inferior.

Necesitaba tantas cosas.

Sacudiendo la cabeza, puso el trabajo de Jake sobre su regazo y cogió un boli.

—Ya... ya encontraré otro manitas.

—¿Y qué hay de su marido? ¿No puede hacerlo?

Ella alzó la vista para luego bajarla. Era una pregunta bastante natural, pero personal.

—No tengo marido —dijo en voz baja—. Soy, ya sabes... madre... soltera.

—Yo lo haré.

—¿Qué?

Intentó concentrarse, en el texto de Jake sobre Anaïs Nin.

—Su cama.

—Gracias. —Ally alzó la vista—. Perdón, ¿qué?

—Mi hermano y yo... tenemos un negocio. Estantes, IKEA, casas de muñecas. ¿Es consciente de la destreza, el talento, que requiere hacer funcionar ese ascensor de Barbie?

Ally sonrió:

—Lo sé —contestó—. ¡Ese ascensor! —Era una locura. Lizzie tenía una Dreamhouse—. Pero volvamos a la primera parte, aquí... La parte que suena tan... pseudoacadémica.

La mirada de Jake flotó más allá de la profesora, por la ventana, hasta los árboles. Estaba avergonzado.

—No soy buen escritor —dijo—. Soy penoso.

—No, no es cierto. Las ideas son geniales. La mayoría. Pero te alargas demasiado y cambias el tono. Al principio, empleas ese tono formal falso. —Alzó la vista—. ¿Por qué?

Jake se encogió de hombros.

—Para sonar listo.

—Pero ya eres listo. Y luego cambias. —Hojeó hasta la página catorce—. Tu voz cambia tras la primera cuarta parte del texto. Dejas a Nin atrás por completo. Dejas atrás el tema del todo y empiezas a enrollarte con florituras durante cuarenta páginas.

—Es que me animo.

—Te descentras: sexo tántrico, ¿Britney Spears?

—Sí, lo siento.

—Esta parte —dijo y señaló un párrafo. Lo leyó en voz alta—: «En la cultura popular, las mujeres mayores no son respetadas, aunque yo creo que molan». —Le miró—. ¿Molan?

—Así es.

—¿Pero «molan» en un examen trimestral?

—Dijo que incluyéramos nuestra opinión. Y es mi opinión.

—O «El sexo de mal gusto es una hamburguesa de cadena de comi-

da rápida. El sexo sagrado es un solomillo». Interesante, pero ¿qué significa?

—Hace falta amor —explicó Jake.

—¿Es necesario el amor para que la carne sea buena?

—El sexo, como cualquier cosa... Profesora Hughes, ¿me permite?

—Adelante, por favor —dijo ella y se recostó.

Jake se inclinó hacia delante:

—Todo existe digamos que en un continuo. Ternera de calidad, ternera insípida. Sexo de calidad, sexo de mal gusto. Y Anaïs Nin, si me pide una opinión, estaba en el nivel inferior, qué leches. Disculpe mi francés.

—Leches no es francés.

—¿Por qué entonces este curso dedicado sólo a ella?

Ally sonrió.

—Bien, estoy de acuerdo.

Jake se sorprendió.

—¿De verdad?

Ella volvió a sonreír.

—Cuando lees un SOS de un consejo rector solicitando una clase que tenga buena acogida, porque el profesor que lo hacía normalmente se ha tomado un año de excedencia ¿sabes?, para dedicarse a investigar todos los hábitos de ocio en función del sexo entre los octogenarios de Grecia e Italia...

Jake sonrió.

—Si a una imbécil como yo, en la parte inferior del tótem, le piden que dé esa clase, es bastante probable que diga que sí. Sobre todo si necesita un aumento de sueldo. —Ally se detuvo entonces—. Lo siento —añadió—. Demasiada cafeína, debería tranquilizarme.

—Pues bien —Jake esbozó una sonrisa—, era malvada, era una mentirosa malvada.

—¿Quién?

—Nin. ¿No cree...?

Entonces, en el momento indicado, sonaron cuatro golpes en la puerta del despacho. La rúbrica de Meer: raat-a-tat-tat. Ally se quedó paralizada. Luego, cuatro más.

—¡Voy! —dijo preparándose mientras se levantaba de la silla.

Jake mostró interés. La profesora se fue hasta la puerta y la abrió.

—¡Hola! ¡Priscilla! ¡Hola!

—Te dejé un mensaje —indicó Meer, molesta—. ¿Dónde están las notas?

—Ya casi las tengo —respondió ella—. El lunes, a primera hora. Una de mis profesoras auxiliares tuvo que irse a casa.

—¿Quién? —preguntó Meer con los brazos cruzados, sujetando un grueso fajo de expedientes.

—Se puso...

—¿Quién?

—Por favor —rogó Ally—, no me haga decirlo.

—Tienes que dejar de hacerles de niñera...

—Estoy con un alumno. ¿El lunes va bien?

Meer se inclinó hacia delante.

—¿Dónde?

—Aquí, está justo...

Abrió la puerta y Jake quedó visible. Saludó con la mano.

—Oh —dijo Meer.

—Lamento no haber devuelto la llamada. Los alumnos de último año ya están corregidos. Hablé con el secretario.

—Conforme —replicó su jefa y se volvió para alejarse andando, haciendo resonar el suelo de madera con sus anchos tacones.

Ally permaneció en pie un momento, sin moverse, luego miró a Jake y cerró la puerta. Se volvió a sentar y alzó la vista.

—¿Alguna vez alguien te ha querido tanto que lo ves en sus ojos?

El chico sonrió:

—¿Meer?

—Le gustaría que yo fuera marxista. Afrontamos la vida desde diferente...

—¿Ángulo?

—Eso. Disculpa. ¿Dónde estábamos?

—Esa mentirosa: Nin. Estuvo casada con dos tíos al mismo tiempo. Les engañaba a ambos.

Ally asintió.

—¿Sexo vengativo con su padre? ¿Por abandonarla? ¿Quién hace eso? Era una perversa y una sociópata arrogante.

La profesora sonrió y le dijo:

—Pero era una escritora competente, no como tú.

Jake se encogió de hombros y apartó la mirada. Sus mejillas se tiñeron de rubor.

—Tal vez.

—Por favor, no te apures. Te daré el aprobado, pero...

—¿Qué? ¿Me va a aprobar?

—Sí, pero...

—¡La adoro!

—¿Qué?

—¡La adoro! ¡Gracias!

Ally se rió.

—Pero tu texto, Jake... No puedes entregar cincuenta y dos páginas si yo he pedido doce. —Se levantó para coger de la mesa algunos expedientes—. ¿Ves? Mira. Tres años de lo tuyo. —Se puso las carpetas sobre el regazo y abrió una. Sacó un examen parcial y un trabajo final, cincuenta y ochenta páginas respectivamente—. ¿Recuerdas esto?

Se lo pasó. El joven echó un vistazo.

—Era estudiante de primer año...

—Los leo todos, los guardo todos.

—¿Por qué?

—¡Ninguno de mis profesores auxiliares sabía qué hacer con ellos! ¡Cómo calificarlos! —Se rió—. Éste, sobre el incendio de la fábrica Triangle, para la clase Mujeres y Trabajo. Ochenta páginas.

—Mi clase favorita. Me inspiró. ¿Qué puedo decir?

Ella se levantó y sacó de un estante un libro editado en rústica.

—Elementos estilísticos. Todo lo que necesitas... para no enrollarte. —Se lo tendió, pero Jake no quiso aceptarlo—. Por favor —insistió.

—Puedo comprarlo.

—Tengo otro.

—Pero usted me da clases de Sexualidad y Género...

—Jake, la escritura...

—No voy a volver.

Entonces se quedó callada, sorprendida.

—Necesito el aprobado por si acaso cambio de facultad algún día. Alguna vez. Un día. Pero los precios de Brown son escandalosos y no quiero endeudarme. No voy a volver.

La profesora pestañeó. Entendía bien. Ella había tenido suerte con los cursos de posgrado en Brown: becas, ayudas, trabajos de auxiliar, una oferta como conferenciante en Económicas. Pero ahora que la tesis estaba acabada, se ahogaba en préstamos universitarios. Dejó el libro sobre el escritorio y se sentó.

—Por eso quiero arreglarle la cama. Necesito la pasta.

—Entiendo —dijo, y pensó en ello. Quería que le echaran una mano. No era eso, la necesitaba—. ¿Sabes poner una cerradura de seguridad?

—¿Tiene alguna?

—Así es.

—Espero que se gastara dinero en ella. Me gusta Schlage. Tiene que ser a prueba de golpes.

La profesora asintió.

—Ha habido robos en mi calle. Estas últimas dos semanas. Necesito que las ventanas...

—Clavos en los marcos. Instale precintos en los aparatos de aire acondicionado. ¿Tiene alguno?

Ella le estudió mientras hablaba.

—Sí, pero ¿puedes instalarlos tú?

Asintió.

—Las herramientas están en mi furgoneta. La tengo aparcada en Thayer.

Además, la puerta del cuarto de Lizzie crujía. Quería entrar y salir del dormitorio sin despertarla cuando ella dormía. Sabía que las bisagras necesitaban aquella grasa, se llamara como se llamase, pero no estaba segura de que la bisagra no tuviera algún problema.

¿Había conflicto de intereses en esto? ¿Con Jake? ¿Por contratarlo? Venía a sus clases al fin y al cabo.

—Profesora Hughes —continuó el joven—, mi madre era madre soltera. Cuatro niños. Sé lo que es eso. Usted se ocupa de todo el mundo, pero nadie la cuida a usted. Déjeme ayudar. Me estará ayudando a mí también.

—Jake —dijo—. No soy mañosa. Se suponía que Harry haría... muchas cosas. Iba a pasar todo el fin de semana: sábado, domingo...

El chico suplicó:

—Siete pavos la hora. Lo haré todo.

Le estudió.

Este alumno llegaba a todas las clases antes que ella, y era siempre el último en marcharse. Se demoraba en el pasillo o en la puerta como si tuviera preguntas, pero nunca se acercaba, nunca hablaba y ni una vez levantaba la mano.

De tanto en tanto, en medio de una de sus clases, la mirada de la profesora aterrizaba sobre él, que le sonreía de un modo que le cortaba la respiración, desordenando sus pensamientos.

El joven la miraba a los ojos y aguantaba la mirada como si estuviera evaluando algo, sobre ella o sobre la charla, no sabía el qué, pero parecía divertirse.

En algún momento, había decidido no hacerle caso. El chico sentado al fondo, se decía, no estaba ahí para aprender. Los chicos en la filas posteriores se sentaban ahí para juzgar. No se involucraban, estaban ahí sentados protestando a su manera.

No sabía que el chico del fondo fuera Jake Bean, el de las «cartas de amor», así las llamaban sus auxiliares: apasionadas, desde luego, pero interminables.

—De acuerdo —dijo al final y asintió—. Hagámoslo.

—¿La sigo a casa?

—Sí —respondió y cogió el libro para tendérselo.

—Conforme.

Jake lo aceptó.

—Gracias —contestó ella agradecida.

—No, gracias a usted.

Diez años después

—¿Tengo que usarlo para la universidad? —preguntó Lizzie de forma inesperada.

Ally estaba intentando aclararse con el mando a distancia.

—¿Qué?

Eran las ocho, y madre e hija se encontraban repantigadas tan ricamente sobre la cama de Ally. Iban a ver *El graduado* mientras tomaban el almuerzo a la hora de la cena: huevos y crêpes en bandejas. Ése era el plan.

Ally llevaba pantalones de deporte y la vieja camiseta de Jake, la de los Red Sox, la única que había conservado. Lizzie iba en pijama.

—El dinero que dejó —continuó Lizzie.

La madre de Ally, su abuela, Claire Anne Hughes, había muerto en marzo, cuatro meses antes. Había dejado un dinero a su nieta, supuestamente para sus estudios.

—Un momento. Mecachis. ¿HD uno o HD dos?

—Me estoy pensando mejor lo de ir a Juilliard.

—Un momento, criatura.

Ally volvió a darle al mando.

—Primero de todo, no entraré, las dos lo sabemos. Y aunque consiguiera entrar, ¿por qué pasar cuatro años memorizando Chejov si puedo hacer papeles en la tele? Dicen que es la edad dorada de...

—Dios mío, tenemos un vehículo de reconocimiento en Marte y ¿no podemos hacer un mando sencillo? —dijo enojada.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Quiero el dinero de Claire, pero no para la uni. ¿Te parece bien? Ally se volvió y miró su bandeja. Se le estaba enfriando la comida.

—Por favor, pon una servilleta encima de mi plato.

Lizzie colocó la servilleta de su madre y también la suya encima del plato para retener el vaho, y evitar que la comida se enfriara.

—¡Por fin! —exclamó Ally. Empezó la película. Se subió a la cama y colocó la bandeja sobre su regazo—. Pues muy bien, todo el mundo piensa que esta peli va de cierta época, pero yo creo que va de amor y deseo y de lo que supone envejecer como mujer...

—Mamá, ¿me has oído? ¿Lo del dinero?

En la pantalla de la tele, un joven Dustin Hoffman, deprimido y sin entender nada, se encontraba sentado en un avión de regreso a casa tras graduarse en la universidad.

—¿Qué pasa con el dinero?

—¿Puedo disponer de él?

—¿Para qué?

—No te lo puedo decir.

La madre apuntó con el mando y subió el volumen.

—Mira, para ti es el capitán Hook, para mí es Tootsie. Si quieres ser actriz, cielo, Dustin Hoffman... ¡deberíamos ver Tootsie! Va de intérpretes y mujeres...

—Mamá, por favor. Olvida la película un par de segundos. Por favor.

—¿Qué pasa? ¿Por qué? —preguntó y volvió a subir el volumen.

—He hablado con Cybil, ya sabes, mi agente. Piensa que... debería hacerme algo en la nariz.

—¿Qué? —Miró a Lizzie por primera vez en minutos—. ¿Como qué?

—Cree que si eres actriz y tienes que retocarte la nariz, mejor hacerlo de joven, como Marilyn Monroe. De mayor...

—Espera un segundo. ¿De qué estamos hablando?

Lizzie hizo una pausa y respiró hondo.

—Del dinero de Claire.

—¿Quieres operarte la nariz?

—Por favor, no te asustes. Todo el asunto cuesta dieciocho de los grandes, que son dos mil menos que...

—Elizabeth. Espera. Estoy... espera un segundo.

Empujó la bandeja hacia delante, agarró el mando y puso la película en pausa. Se volvió pasmada, incorporándose sobre las rodillas.

Lizzie se quedó pálida de frustración.

—Esto me cuesta mucho, de verdad, el mero hecho de sacarte el tema...

—Estoy... permíteme... Vale, sólo es... dame un segundo para que me recupere del impacto y podamos...

—¿Qué? —Lizzie miró su plato—. ¿Discutirlo? Ya estoy decidida.

—Sí, cielo, sí, deberíamos discutirlo, como adultos razonables, porque tienes que saber que... de ninguna manera voy a... jamás, nunca te daré dinero para eso. Jamás.

Su hija negó con la cabeza.

—No es vanidad, mamá. Es cuestión de física.

—¿Física?

—Tenemos dos ojos. La cámara tiene uno. Una lente. Sin percepción de profundidad. Por lo tanto, la cuestión es que aplana las cosas, tenga lo que tenga delante. Una lente lo ensancha y agranda todo.

—¿Y?

—Y me echa seis kilos encima. Por eso los actores tienen que estar delgados para parecer normales y por eso mi nariz parece más grande en pantalla que en la vida real.

Ally se apaciguó y se aproximó a su hija para hablar del tema, para aclarar las cosas. Le cogió la mano:

—Cariño, primero, tu cuerpo es sagrado. Segundo, eres una chica preciosa.

—No tiene que ver con la belleza. Tiene que ver con la imagen. Y el modo en que tres dimensiones se traducen en dos.

—¿Lo dice Cybil?

—Sí, pero...

Ally le soltó la mano y se frotó la frente. Se rascó la nuca, entrando en pánico, a punto de echarse a llorar.

—Esta Cybil ¿es la mujer que te dijo... te dijo que te tiñeras el pelo?

—Ya estamos otra vez. Reflejos...

—¿Y que perdieras quince kilos?

—Mamá. Sí. Ya te lo expliqué...

—¿La que dijo que deberías... le dijo a mi hija, que entonces ya medía metro setenta y ocho, que se quedara con cincuenta kilos?

—Cálmate. Cincuenta y dos.

Ally intentó mantener la calma con una técnica que empleaba cuando Lizzie tenía tres años. En vez de alzar la voz, cuando se enfadaba susurraba:

—No sé por dónde empezar —dijo bajito—, si por el asunto global o el hecho de que esto no es un tatuaje. No es reversible. O porque dejes que un cirujano te corte y abra para seguir los deseos de...

—¡No sigo los deseos de nadie! —interrumpió Lizzie—. Quiero hacer películas. No doy la talla para el teatro. Y no quiero que mi nariz aparezca tan grande. Cuando quiera una nariz grande ya me la haré. Nicole Kidman se preparó una nariz para Virginia Woolf. Quiero asegurarme ese margen.

—No trago. Tu nariz no es tan grande.

—Es lo que quiero y voy a hacerlo. Con el dinero de Claire o el que yo ahorre.

—No. Porque... para cuando ahorres una cantidad así de dinero, ya te habré hecho recuperar el juicio. Quiero hablar con Cybil.

—¿Qué?

—¡Sí!

—¡No! ¡Eso... no! ¡Tengo veintinueve años, no tengo cinco! ¡No es mi maestra!

—Te está diciendo, equivocadamente, que con tu nariz no conseguirás ciertas cosas... Hace que te avergüences para que te cambies, cuando tú eres perfecta. Mientras se soldaban tus...

—¡No lo digas! —Lizzie miró su plato con desesperación. Quería que la noche fuera divertida y deliciosa, y ahora tanto las crêpes como los huevos estaban fríos—. Sé que piensas que tienes razón —dijo con frialdad—. Dejémoslo. Démosle tiempo.

—Pero prométeme que no lo harás sin decírmelo antes. Por favor.

—¿Por qué? ¿Para que puedas encerrarme?

—Bien, existe esa... Pero si lo haces, tengo que prepararme también, hija mía. Me rompería...

Ally se apartó mientras afloraban las lágrimas.

Lizzie cerró los ojos.

—¿Te rompería qué?

—El corazón. —Se atragantó. Luego alzó la voz angustiada—. ¡Eres tan graciosa como preciosa! ¡La gente vuelve la cabeza cuando vas por la calle!

—¡Pues Weather ya se operó! ¡Weather tenía doce años!

—A Weather le hacía falta. No te acuerdas, pero tenía una nariz de

un ancho anormal, extraño. No me opongo a arreglar el paladar hendi-do, no me opongo a...

—Mamá —rogó Lizzie—, por favor, no llores. —Cogió una serville-ta y se la tendió—. Por favor, no. Tal vez pueda explicar todo esto me-jor... en otro momento.

Ally intentó recuperar la compostura. Llevaba meses así. Desde que le diagnosticaron a Claire el cáncer de pulmón, había estado llorosa, pedante, y llorosa otra vez. Se ponía a dar sermones sobre cualquier cosa sin invitación previa, sin control. Lloraba todo el rato.

—¿Y si te mueres?

—¿Y cómo podría suceder exactamente que...?

—¡Con la anestesia!

—El peor de los panoramas. El porcentaje es de cero coma cero uno...

—¿Y? ¡Los peores panoramas se hacen realidad en ocasiones!

—De acuerdo, olvídalo. —Lizzie apartó la bandeja a un lado y se bajó de la cama—. Se acabó la discusión por esta noche.

Voló hasta la cómoda y dio al *play* del reproductor de DVD. Volvió a la cama y se acomodó. Su madre estaba dolida, enloquecida y dolida.

Ally la fulminó con la mirada un momento, luego se volvió y dio un mordisco a un crêpe.

Las dos se calmaron.

Aquella noche había rebajado la harina, sin gluten para Lizzie, para que la masa fuera más fina y los extremos quedaran crujientes tal como le gustaba a su hija.

—El almíbar está caliente. Toma —dijo sosteniendo la jarra.

Lizzie la cogió y se sirvió almíbar sobre los crêpes. Dio un sorbo con la pajita al zumo de naranja con hielo y se concentró en la película por un momento.

La madre no pudo. Sus ojos saltaban de los crêpes a Lizzie, a la nariz de su hija, luego de vuelta a la pantalla, donde Dustin Hoffman, en el papel de Benjamin Braddock, recogía su equipaje en el aeropuerto de Los Ángeles.

—Dustin Hoffman tiene una nariz grande.

Su hija no dijo nada.

Ally miró por la habitación.

Se había instalado hacía cuatro años de nuevo en la casa de piedra rojiza, en la habitación, su habitación de niña, y había limpiado los restos: los animales disecados, las distinciones enmarcadas, las fotos enmarcadas de Amelia Earhart y Nellie Bly. Dejó las paredes limpias a excepción de un mapa y colocó la pantalla de televisión elevada para poder ver las noticias en la cama, cosa que rara vez hacía.

—¡Y no olvides que eres israelí!

—¿En serio? ¡Había olvidado del todo que soy medio israelí!

—Si quieres parecer una completa americana, una Christie Brinkley haciendo galletas en el horno y pan blanco...

Lizzie estiró la mano, cogió el brazo de Ally y dio un apretón.

—Ni una palabra más. Esta noche, no. Lamento haber sacado el tema.

Ally miró a su preciosa hija.

—Yo también —respondió.

Jack rodeó con los brazos el aparato de aire acondicionado y lo levantó bien alto, como si no pesara. Sin vacilar, sin esfuerzo.

Ally le observó.

—¡Guau! —exclamó.

Ella apenas pudo desplazarlo con el pie cuando le quitó el polvo para Harry.

Jack estaba en forma, pensó al observarle, pero no de un modo artificial, a base de pesas de gimnasio. Estaba en forma como si hiciera algún trabajo de los de verdad, en la construcción o algo al aire libre. Como si apagara incendios. Como si salvara vidas.

—¿Dónde va?

—Por aquí —respondió.

Él la siguió por el garaje hasta el interior de la casa.

Al entrar, Ally sintió alivio. La cocina, la casa, toda la casa, estaba ordenada. Muriel había limpiado por la mañana, y a fondo. Todo estaba en orden, guardado, inmaculado, de los zócalos al techo, y se sintió agradecida. Muriel había guardado todos los rotuladores, puzles, pegatinas, pinceles, muñecas.

—¿Sabes usar esa cosa?

Anduvo por la cocina y se sintió aturdida, guiándole hasta el vestíbulo y las escaleras. La casa se había calentado durante el día.

—¿Qué cosa?

—La que va debajo. Mi casero dijo que empleara esa cosa.

—¿El soporte universal?

—Eso —respondió y empezó a subir hacia el segundo piso.

—¿Tiene uno? —preguntó él siguiéndola.

—Así es. Dos.

Ally le hizo pasar a la habitación de Lizzie.

—Ésa —dijo indicando la ventana más alejada de la cama—. No quiero que le dé mientras duerme.

—Así será —contestó Jake. Se agachó para bajar el aparato—. ¿Puedo mover estos libros?

—No, no. Por favor. Mejor emplea el escritorio.

Lizzie había organizado su colección de Nancy Drew, cincuenta y seis libros, por todo el suelo, empezando con *El secreto del viejo reloj*.

—A su hija le gusta leer.

—Le va el crimen. Espías. Secretos. Está obsesionada.

Jake sonrió y contempló los libros.

—Permíteme que te enseñe dónde va la segunda unidad.

Ella se levantó y se fue andando por el pasillo hacia a su dormitorio. Jake la siguió, pero a su propio paso, más despacio y más relajado.

No se le pasó por la cabeza el hecho de estar a solas con un desconocido —un hombre ni más ni menos— hasta que entró en la habitación donde dormía, donde se desvestía. Y Jake entró también, cerca, tras ella.

Muriel había dejado una pila de ropa interior recién lavada encima de la cama. Se apresuró a agacharse, recogerla y luego indicó el rincón.

—Esa ventana, por favor. La de ahí.

Se acercó al escritorio, abrió un cajón y metió la ropa bien dentro.

—Bonita habitación —dijo el chico, mirando a su alrededor. Metió las manos en los bolsillos—. Una cama grande.

Ally se volvió y miró la cama. Era enorme.

—Mi hija duerme conmigo la mayoría de las noches. Está en Nueva York. ¿Has ido alguna vez?

—No.

No, no había estado nunca.

Ally asintió, se volvió, salió y retrocedió por el pasillo. Descendió por las escaleras y Jake la siguió.

—¿Puedo tomar una cerveza? —preguntó con cortesía—. Si tiene.

Ella se volvió. Por una parte, por supuesto, ¿qué otra cosa querría beber un muchacho universitario un viernes mientras trabajaba? Por otra parte, ¿una cerveza?

—¿Tienes veintiuno?

—Sí, los he cumplido, pero la ley es para comprar alcohol, no para consumir.

Ladeó la cabeza como si le explicara la norma a un niño.

—Oh —respondió Ally. Desconocía aquello—. Pues claro —dijo entrando en la cocina. Se fue hasta el frigorífico—. Sólo tengo Stella.

—Estupendo —dijo pasando a su lado para entrar en el garaje.

A las nueve de la noche, Jake había instalado los dos aparatos de aire acondicionado. Instaló un cerrojo en la puerta posterior y reforzó seis de las ventanas del primer piso. Limpió una pared del sótano con lejía, subió el sillín de la bici de Lizzie, montó la litera y colocó la cama inferior de ésta sobre soportes para que pudiera entrar un cajón con ruedas debajo.

Hizo todo esto con un transistor a su lado. Los Sox estaban jugando y, desgraciadamente para él, los Mariners ganaron.

Ally encontró masa de pizza en el congelador. Debería estar corrigiendo trabajos y no entreteniéndose en la cocina, preparando tentempiés y pizza para Jake. Pero tenía los nervios a flor de piel, turbada por su presencia, por todos sus sonidos. La charla de la radio y el runrún a poca distancia de su pesado taladro negro. Las pisadas sobre las maderas del suelo de su...

Cuando necesitaba calmarse, cocinaba. Cocinaba o hacía pasteles, o cocinaba y hacía pasteles al mismo tiempo, un hábito que empezó a la tierna edad de seis años, a punto de cumplir siete.

—Quiero enseñarle algo —dijo el joven, entrando y dándole un sobresalto.

Estaba sacando la pizza del horno. La puso sobre la encimera mientras Jake salía, y esta vez fue ella quien marchó detrás.

—Quiero enseñarle a hacerlo.

La segunda planta estaba a oscuras. Una vez en lo alto de las escaleras, ella encendió una lámpara.

—Si lo hace ahora, sabrá hacerlo la próxima vez —indicó.

Agachándose, tomó la mano de Ally e hizo que rodeara una lata de aceite.

Ella le miró. ¿Qué estaba haciendo?

—Aceite lubricante. Aerosol. No lo rocíe en sus bonitos ojos.

Ally puso una mueca. Por favor. Venga. ¿Sus bonitos ojos?

Pero Jake estaba concentrado.

—Así es como se hace.

Se situó al otro lado de Ally, a su espalda, pero manteniendo la mano derecha cogida a la de la profesora, rodeando la lata.

—Jake, por favor —dijo volviéndose para mirarle—. Sé cómo rociar un...

Se rió, pero se quedó paralizada cuando él colocó la mano izquierda en su cintura y la hizo volverse, ordenándole que hiciera lo que él quería. Con la derecha sostuvo su mano, y la lata, por encima de la bisagra.

—Tiene que rociar hacia abajo —mandó con amabilidad—. Tiene que estar encima. Para que el aceite descienda y entre en los surcos. Cuando las piezas de metal se deslizan unas sobre otras, vibran, y la puerta actúa como una caja de resonancia.

Ally se puso de puntillas para llegar, y Jake se acercó desde detrás para ayudar. Enseguida ella se percató de que era demasiado baja.

—De acuerdo —dijo—. Ya lo capto, entiendo lo que estás haciendo, pero necesito una silla o una banqueta o algo.

—No, no hace falta. Yo lo haré esta vez.

Una vez más, con la mano izquierda, hizo que Ally se volviera, le cogió la lata y lo hizo él mismo.

Ally se apartó y observó los distintos pasos.

—Rociar hacia abajo. Entendido. Gracias —dijo sintiendo la marca de su mano en la cintura.

—De nada —respondió él mientras movía la puerta adelante y atrás sin hacer ruido.

—De acuerdo —dijo sonando todo lo serio que pudo—. Guau. No sé cómo agradecértelo. Te he preparado una pizza. Cómela aquí o llévatela de vuelta al colegio mayor.

—No voy a regresar —dijo volviéndose—. ¿Recuerda? Lo dejo. ¿No ha acabado el semestre?

La profesora hizo una pausa y le miró.

—Así, ¿prefieres efectivo? Entonces ocho horas...

Miró escaleras abajo.

Jake negó con la cabeza. Se volvió y dejó la lata de espray. Luego se volvió y la cogió por el codo como había hecho un centenar de veces ya.

—Hagamos una pausa —propuso tirando de ella con delicadeza hacia él. Le soltó el codo, luego tomó su rostro entre las manos y la besó con firmeza en el lado de la boca.

No encontró sus labios. No encontró su mejilla. Pero con firmeza y completo control, plantó los labios en la comisura de su boca como si pidiera primero permiso.

Ally inspiró llena de sorpresa. Le asombró el movimiento, la coordinación, el coraje.

Un poco sorprendida, pero no del todo.

La tarde se había ido cargando, desde luego. Ella se sentía atraída por Jake, por supuesto, pero ¿y quién no? Cualquiera mujer viva, cualquier mujer que respirara, de quince o quinientos años... Durante toda la tarde había puesto cara de póquer, o eso pensaba. Nada sucedería. Sin duda a él no le atraía ella. Y si así fuera, por casualidad, Jake tenía que estar muy seguro, lleno de confianza y aplomo, para dar un paso así con su profesora.

¿Qué clase de alumno haría eso?

Pero ahí estaban, y ahí estaba él en su casa. Ella le había invitado al fin y al cabo, ¿o se había invitado a sí mismo?

—Oh —dijo mirándole fijamente, sin resuello pues no podía pensar.

—¿Te parece bien? —preguntó Jake.

No sabía. Lizzie estaba fuera, eso era cierto. Su hija se encontraba a tres horas de distancia en dirección sur, a buen recaudo con Claire.

Estaba en Nueva York con su madre.

El domingo, cogerían el ferrocarril en Penn. Ella las recogería a la una en Providence PVD en el lado de la calle Gaspee. Pero se suponía que debía estar poniendo notas. Los trabajos de Yoko. Aquella noche. No besando a uno de sus alumnos.

—Deja que me quede, por favor —dijo Jake.

La miró a los ojos y le apretó el codo. De nuevo le había cogido el codo. Luego retrocedió para concederle cierto espacio, para pensar, verle, para respirar y recuperar el aliento.

Se metió las manos en los bolsillos, luego las sacó y, un segundo después, la volvió a besar, esta vez en medio de la boca.

—Lo siento —dijo y la soltó del todo—. No puedo evitarlo. He esperado tres años para hacerlo.

«¿Qué? —pensó Ally—. ¿De verdad? ¿Años? ¿Tres años?»

Se contemplaron y ninguno de los dos habló.

No la cogió tan de sorpresa la segunda vez y no se resistió. Lo vio venir. Quería que la besara otra vez. Sabía a Stella, malteada y dulce.

—Oh, válgame Dios —dijo y bajó la vista.

Sabía a facultad y la besaba como la habían besado en aquellos tiempos, en la segunda planta de la Residencia Healy o en una esquina oscura y empapada del bar Champions. De repente el pasado ocupó su interior, esa sensación de diez años atrás, toda la diversión escandalosa e inocente, y algo se liberó, por nervios quizás, y la hizo reír.

—Te estás riendo —dijo Jake, visiblemente incómodo.

—No, no, no me río —respondió con amabilidad, pero se reía—. Soy tu profesora, Jake. Vamos. Tengo treinta y un años.

—Yo veintiuno, ¿y?

—Por favor. Está muy mal visto y... es poco apropiado, y seguro que va contra alguna norma.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Qué norma? Me siento atraído por ti, y estoy bastante seguro de que yo te atraigo.

—Así es, Jake. Pero ¿a quién no? Mírate. Atraes a todo el mundo. Él sonrió.

Ally le miró y luego desvió la vista escaleras abajo. Se imaginó a Claire ahí de pie, Lizzie con la mochila, ambas mirando hacia arriba desde la planta inferior. Sólo puede cometerse un único error, dijo Claire cuando Ally se quedó embarazada en la universidad. Uno. Ya lo había cometido.

Claire tenía razón, pensó: las profesoras maduras no hacían estas cosas. No besaban a sus alumnos. Tal vez los hombres sí, pero no las mujeres. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando?

Se volvió hacia él:

—Piensa un segundo. Si yo fuera tu profesor, si fuera un hombre y tú una mujer...

—¿Y?

—¿Y si... necesitaras una recomendación? ¿Un crédito? Que de hecho lo necesitas. Podría parecer que...

—No es exactamente lo que está sucediendo aquí.

Ally sonrió.

—He preparado pizza. —Se volvió—. Tienes que estar muerto de hambre.

—Cierto.

—Bien.

Se alejó y bajó las escaleras. Esto era lo correcto, pensó mientras descendía. Apartarse.

Jake la siguió.

En la planta baja, cruzaron el comedor en dirección a la cocina.

—¿Siempre abres la marcha? —preguntó.

—No. Mi pequeña Lizzie siempre va delante. Es la jefa. Regresará el domingo.

—Ya lo has dicho antes.

—¿Oh, sí? Correcto. Le toca evaluación, el martes. Coincide con su cumpleaños. Nathan Hale. Benedict Arnold. Va de espías.

Entró en la cocina y se fue hacia la pizza fingiendo no prestarle atención, olvidar lo que había sucedido segundos antes, hablando sobre Leales a la Corona y Patriotas, la obsesión de Lizzie con el espionaje.

Luego se quedó quieta. A excepción de la tabla de cortar, toda la cocina estaba limpia y en orden. Toda la casa. Gracias, Muriel, dijo para sus adentros mientras permanecía en pie. Gracias, gracias.

Se volvió y le miró de frente.

—Tiene que ser un secreto.

Susurró como si alguien pudiera oírla. Alguien en el campus. A tres kilómetros de distancia. Las palabras le surgieron entrecortadas.

Jake se detuvo, inmóvil, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—No puedes, sabes, escribir sobre esto, en tus...

—Ni tengo ninguna...

—No puedes contarle... ni siquiera puedes pensar en ello después de esta noche.

Él asintió.

—Vale.

Ally notó su propio corazón acelerado. ¿De verdad estaba haciendo esto? Se hallaban de pie ahí y se miraban, esperando.

—Se trata de mi hija. Podrían despedirme, y ya tengo bastantes problemas.

Jake alzó las manos mostrando las palmas, como afirmando que entendía, como diciendo que todo iba a ir bien. Todo.

—Profesora Hughes —dijo con amabilidad—, sólo quiero recordarle que... hoy he terminado.

Era cierto. Ally asintió. Ayudaba mucho volver a oír esto.

—Amigos —dijo él—. Eso es todo lo que somos. No eres mi profesora, no soy tu alumno. —dijo Jake tragando saliva.

Ella asintió.

Sentía cada centímetro de su cuerpo inflamado, como si fuera a estallar si no liberaba la presión de desearle. Durante tantísimas horas había querido tocarle, saborearle, conocerle muy a fondo, toda la tarde, toda la noche, el semestre entero para ser sincera, sin tan siquiera sospechar que era Jake el de los trabajos de ochenta páginas, el chico sentado al fondo.

Jake era el chico sentado al fondo.

El sol se había puesto, el cielo ya estaba oscuro, y mientras Ally observaba el ejemplar que tenía delante sudando por el calor, arreglando todo lo que precisaba arreglo en aquella casa... en cierto modo él ya se había colado dentro.